

nunciado de rodillas? Siendo imposible restaurar el odioso procedimiento, se decidió que ante el rey no hablara el presidente del Tercer Estado. Es decir, que al cabo de doscientos años de separación y de silencio, volvía el rey á ver su pueblo y le prohibía hablar.

El 5 de Mayo se abrió la Asamblea, no en el palacio del rey, sino en la avenida de París, en la sala llamada *des Menus*. Esta sala, que desgraciadamente no existe ya, era inmensa, pudiendo contener, á más de los mil doscientos diputados, á cuatro mil espectadores.

Un testigo ocular, madame de Stael, hija de Necker, que fué á aplaudir á su padre, dice que al tomar asiento Mirabeau se escucharon algunos murmullos... ¿Murmillos contra el hombre inmoral? Aquella sociedad brillante que agonizaba de sus vicios, no tiene derecho á ser severa.

La Asamblea escuchó tres discursos: del rey, del ministro de Justicia ó guardasellos y de Necker, todos idénticos y todos indignos de aquellos momentos. El rey se encontraba al fin en presencia de la nación y no tuvo una palabra paternal que decirla, una palabra del corazón al corazón nacional. El exordio era una reprimenda tímida y encubierta sobre el espíritu de innovación. Después expresaba su afecto... para los dos órdenes superiores, «que se mostraban dispuestos á renunciar sus privilegios pecuniarios.» La preocupación del dinero dominaba en los tres discursos; poco ó nada sobre la cuestión del derecho, que era precisamente lo que llenaba y conmovía todas las almas; el derecho á la igualdad. El rey y sus ministros, aunque ocultándolo en sus discursos enrevesados, sin finalidad, y donde la afectación ridícula se unía á la vulgaridad, parecían convencidos de que se trataba únicamente del impuesto, del dinero, de las subsistencias, de una cuestión de estómago. Creían que si los privilegiados concedían al Tercer Estado, como limosna, la igualdad del impuesto, todo se arreglaría sin dificultades. Por esto hicieron tres panegíricos, tres discursos, por el voluntario sacrificio de los órdenes superiores, que querían renunciar sus exenciones. Los elogios van en *crescendo* hasta Necker, que declara no conocer en la historia ningún caso de heroísmo comparable con este.

Estos elogios, que más parecen una indicación, demuestran claramente que el admirable sacrificio, tan loado, no se ha realizado todavía. ¡Que se haga pronto!; esta es toda la cuestión para el rey y sus ministros que han convocado al Tercer Estado para amedrentar á los privilegiados. Del gran sacrificio no había entonces más que promesas parciales, dudosas; algunos señores han ofrecido acceder, pero los más se han burlado de ellos. También han prometido algunos miembros del clero, pero la mayoría de los prelados de la Asamblea son contrarios á la renuncia del privilegio. Los dos órdenes no han podido explicarse todavía; no han pronunciado la palabra decisiva, pero la tienen en la punta de la lengua. Es preciso que pasen dos meses y las más graves y terribles circunstancias; es necesaria la victoria del Tercer Estado para que, al

fin, el 26 de Junio, el clero vencido renuncie el privilegio y la nobleza *prometa* solamente renunciarlo también.

Necker habló tres horas de la hacienda y de moral: «Nada puede existir—dice,—sin moral pública y nada sin moral particular.» Su discurso fué, en suma, la inmoral enumeración de los medios con que el rey contaba para prescindir de los Estados generales y continuar el régimen de la arbitrariedad. Desde entonces la reunión de los Estados era una limosna, un favor revocable.

Imprudently dejó entender que el *rey estaba intranquilo...* y expresó el deseo de que los dos órdenes superiores, quedándose solos y libres, realizaran su sacrificio, sin perjuicio de reunirse con el Tercer Estado luego para discutir las cuestiones de interés común. ¡Peligrosa insinuación! Una vez libre el ministro para imponer tributos á los ricos acaparadores de la propiedad, no hubiera vuelto á reunir los órdenes. Los privilegiados hubieran conservado su falsa mayoría, y unidos dos órdenes contra uno, hubieran impedido el planteamiento de las reformas. ¡Qué importaba! La bancarrota hubiera sido evitada; habría cesado la carestía y la opinión hubiera vuelto á dormirse, quedando aplazada la cuestión del derecho y la garantía, y triunfante lo ilegal y arbitrario. Necker reinaba, al menos que la corte, una vez pasado el peligro, no hubiera devuelto á Ginebra el sentimental banquero.

El 6 de Mayo los diputados del Tercer Estado entran en la sala de sesiones, y la multitud impaciente, que se agolpaba en las puertas, se precipita tras ellos.

La nobleza y el clero, á parte, se reúnen en las Cámaras, y sin perder tiempo deciden que los acuerdos deben ser tomados, por cada orden, reunidos independientemente. La nobleza reúne fuerte mayoría; el clero pequeña; muchos curas quieren unirse al Tercer Estado.

El Tercer Estado, poderoso por su número, y dueño del gran salón, declara que *espera á los otros dos órdenes*. El vacío que quedaba en aquel inmenso local parecía acusarles de su ausencia.

La cuestión de la forma de reunión de los órdenes aplazaba todas las demás. El Tercer Estado, doble en número, había de fortalecerse todavía con la adhesión de unos cincuenta nobles y cerca de cien curas, pudiendo dominar á los otros dos órdenes con una enorme mayoría y encontrarse en completa libertad de todo su juicio. ¡El privilegiado juzgado por aquellos contra quienes fué establecido! Fácil era prever el resultado.

Entre tanto, el Tercer Estado espera al clero y la nobleza; confiaba en su fuerza pacientemente, como toda cosa eterna. Los privilegiados temían y, demasiado tarde, se concentraban en derredor del gran privilegiado, del rey, su centro natural, que ellos mismos habían debilitado. Así, en este compás de espera, que dura más de un mes, las cosas se clasifican, según sus afinidades; los privilegiados con el rey, la Asamblea con el pueblo.



Vivía con él, hablaba con él, manteniendo de par en par las grandes puertas del edificio, sin ninguna traba todavía para entrar. París sitiaba á Versalles, lo invadía en confuso montón con los diputados. Entre las dos poblaciones había establecida una comunicación continua. La asamblea de los electores de París, asamblea tumultuosa que la multitud formaba en el Palais-Royal, pedía cada momento noticias de sus diputados; se preguntaba ávidamente á todo el que venía de Versalles.

El Tercer Estado, que veía la corte, cada día más irritada, rodearse de soldados, no confiaba en más defensa que en la multitud que lo escuchaba y en la prensa que lo propalaba en todo el reino.

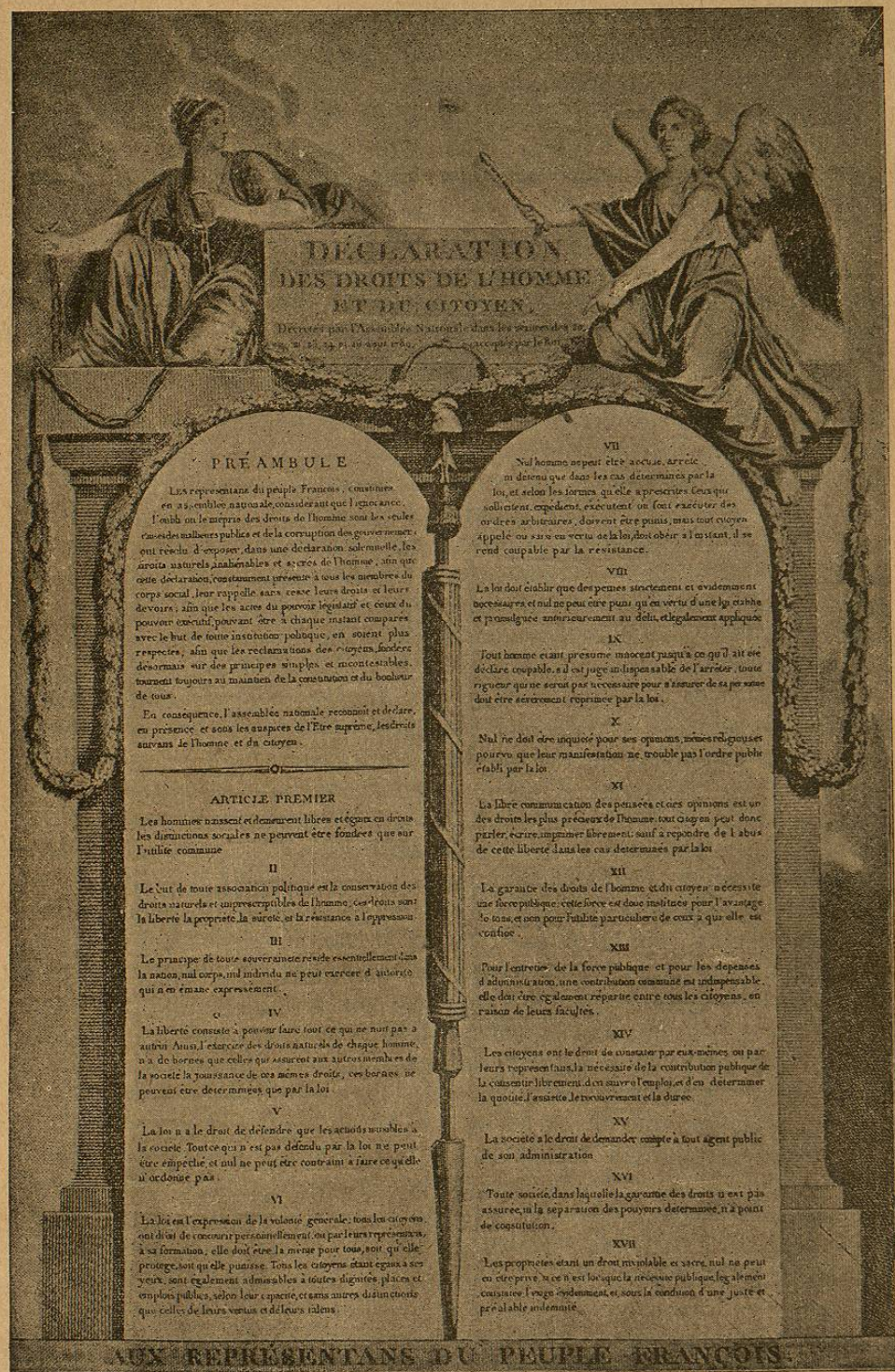
El día mismo de la apertura de los Estados, la corte intenta hacer enmudecer la prensa; un decreto del Consejo suprimió y condenó el *Diario de los Estados generales* que Mirabeau publicaba, y en otro decreto se sometió á los periódicos á la previa censura, prohibiéndose la publicación de nuevos periódicos sin un permiso especial.

Así la censura, inactiva desde hacía muchos meses y como suspendida, fué restablecida frente á la nación en asamblea; restablecida para la comunicación necesaria, indispensable, de los diputados y los electores. Mirabeau no hizo caso y continuó su publicación con el título *Cartas á mis comitentes*. La asamblea de los electores de París, que no había terminado sus trabajos, fué interrumpida en su labor el 7 de Mayo, para protestar del decreto del Consejo. Esta fué la primera intervención de París en los asuntos generales. De pronto quedó planteada la capital cuestión de la libertad de la prensa. La corte podía rodearse de cañones y de ejércitos; una artillería mucho más poderosa, la prensa, detonaba diariamente en el oído mismo del pueblo; todo el reino escuchaba.

El 7 de Mayo, el Tercer Estado, por una proposición de Malouet y Mounier, nombra una comisión que invite al clero y la nobleza á tomar asiento en la Asamblea. La nobleza se reúne á deliberar. El clero, más dividido, más temeroso, quiere ver venir las cosas; los prelados creían así reconquistar los votos de los curas.

Pasan otros seis días perdidos. El 15 de Mayo Rabaut de Saint-Etienne, diputado protestante de Nimes, hijo del anciano mártir de Cévennes, propone nuevamente conferenciar con los otros órdenes para llegar á un acuerdo. Chapelier propone que en lugar de conferencias se le envíe «una notificación de la extrañeza con que el Tercer Estado veía la ausencia de los otros órdenes, de la imposibilidad de conferenciar y acordar fuera de una reunión común, del interés y el derecho que cada diputado tenía de examinar y juzgar la validez de las actas de los demás», y además pidió que se consignara que, «abiertos los Estados, no hay ya diputados de orden ni provincia, sino solamente representantes de la nación; con esto los diputados del privilegio ganaban, porque sus funciones resultaban engrandecidas.»

Se aprobó, por ser de mayor templanza, la proposición de Rabaut.



Facsimile de la lámina publicada por la Asamblea Nacional en 1790 conteniendo los Derechos del Hombre



Se celebraron las conferencias y no sirvieron más que para agriar las cosas. El 24 de Mayo Mirabeau reproduce una proposición, que antes había presentado, intentando separar al clero de la nobleza, invitándolo á la Asamblea «en nombre de la paz.» La proposición era muy política; gran número de curas esperaba impaciente ocasión de reunirse. La ocasión era esta. Con gran trabajo los prelados obtuvieron un aplazamiento. Aquella noche se apresuraron á ir al castillo á la reunión Polignac. Por medio de la reina se sacó al rey una carta en que declaraba «desear que las conferencias se celebrasen delante del ministro de Justicia y de una comisión real.» Así impedía el rey la unión del clero al Tercer Estado y ostensiblemente se hacía el agente de los privilegiados.

Esta carta, poco digna de un rey, era un lazo. Si el Tercer Estado aceptaba, el rey, juez de las conferencias, podría resolver por un decreto del Consejo y los órdenes permanecerían divididos. Si el Tercer Estado rehusaba, aceptarían los otros dos órdenes y aquél cargaría solamente con la odiosa responsabilidad de la inacción común; solamente los diputados del pueblo no se prestarían á que la nación fuese socorrida en aquellos momentos de miseria y hambre. Mirabeau, mostrando el lazo que se les tendía, aconsejó á la Asamblea protestar en un manifiesto de verse obligados á aceptar unas conferencias donde habían de ser engañados.

Nuevo lazo. En estas conferencias Necker apeló al sentimiento, á la generosidad, á la confianza. Aconsejaba que cada orden entregara á los otros el examen de la legitimidad de sus poderes; en caso de divergencia, *el rey decidiría*. El clero aceptó sin vacilar. Si la nobleza hubiera aceptado, el Tercer Estado hubiese estado solo contra dos. ¿Quién le sacó de este peligro? La nobleza misma, loca ya y corriendo desatinada á su ruina. El grupo Polignac no quiso aceptar el fácil recurso propuesto por su enemigo. Aun antes de haber leído la carta del rey, la nobleza había acordado, para cerrar el camino á toda conciliación, que la deliberación por órdenes y el *veto* de cada orden sobre los acuerdos de los otros, eran principios constitutivos de la monarquía. El plan de Necker parecía bueno á muchos nobles moderados, pero dos de gran talento, aunque de muy violento carácter, Cazalès y Eprémèsnil, embrollaron la discusión y consiguieron rechazar este último medio de salvación, el madero que el rey les ofrecía en su naufragio (6 de Junio).

¡Un mes de tardanza después de los tres aplazamientos de la convocatoria! ¡Un mes en plena hambre!... Es preciso tener en cuenta, además, que el compás de espera no se había abierto sólo en los espíritus, sino también en la realidad de la vida. Los grandes propietarios habían suspendido todas sus labores. El pueblo no trabajaba. Quien no tenía en sus brazos más que el jornal del día, para comer iba á buscar trabajo; no encontrándolo, mendigaba; no recibiendo limosnas, robaba... Partidas de hambrientos recorrían el país, y donde encontraban resistencia, llenas de furia mataban, incendiaban; las comunicaciones co-

menzaron á cesar; el pánico se extendió por todas partes; la carestía aumentaba. En el pueblo circulaban de boca en boca cuentos y leyendas absurdos; se decía que había bandoleros pagados por la corte, y la corte, á su vez, lanzaba la misma acusación contra el duque de Orleans.

La posición de la Asamblea era muy difícil. Permanecía inactiva, cuando todo el remedio que se podía esperar estaba en su acción. La Asamblea debía cerrar los oídos al grito doloroso de Francia, para poder salvar la nación, fundando la libertad.

El clero agravó la cruel posición en que estaba la Asamblea, y preparó contra el Tercer Estado un ardid verdaderamente farisáico. Un prelado entró en la Asamblea y gimió por el pobre pueblo, por la miseria de los campos. Delante de las cuatro mil personas que asistían á la sesión, sacó de su bolsillo un repugnante pedazo de pan negro y, enseñándolo, dijo: «He aquí el pan que comen los pobres.» El clero proponía nombrar una comisión para conferenciar en seguida sobre la cuestión de las subsistencias, sobre la miseria de los pobres.

¡Peligrosa piedad! O la Asamblea cedía entrando en actividad y consagrando la separación de los órdenes, ó se declaraba insensible á las desdichas públicas. La responsabilidad de los desórdenes que ya comenzaban por todas partes, caía sobre ella. Los oradores ordinarios de la Asamblea se engañaron en esta cuestión comprometedora, pero dos diputados desconocidos, Populus y Robespierre (1), expresaron con violencia y con talento los sentimientos generales. Gracias á esto no se accedió á la petición del clero que fué invitado á venir á la sala común á deliberar sobre los males públicos, por los que la Asamblea no estaba menos conmovida que el clero.

Esta respuesta no hizo disminuir el peligro. La corte, los nobles y los obispos, ¿no habían de aprovecharse de estas circunstancias? ¿Y qué pretexto para alborotar al pueblo, como una asamblea de abogados orgullosa, ambiciosa, que había prometido salvar á Francia y la dejaba morir de miseria antes que ceder á una injusta pretensión?

La corte se agarró ávidamente á esta arma, creyendo poder matar la Asamblea. El rey dijo al presidente del clero que fué á someterle la caritativa proposición de su orden sobre subsistencias, «que vería con gusto formarse una comisión de los Estados generales que pudiera ayudarle con sus consejos.»

El clero pensaba en el pueblo y el rey también; nada impedía á la nobleza imitar la conducta de aquéllos. El Tercer Estado quedaría solo. Iba á probarse que todos querían el bien del pueblo; todos, menos el Tercer Estado.

(1) Robespierre recriminó al prelado con gran habilidad. «Los antiguos cánones—le dijo—autorizaban para vender hasta los cálices, cuando había necesidad de remediar las desdichas del pobre.»